

# Crónica personal del sida

**Anthony Passeron.** En 'Los hijos dormidos' cuenta cómo vivió su familia la enfermedad y los prejuicios

ELENA  
SIERRA



Allá por los primeros días de junio de 1981, un par de años antes de que naciera Anthony Passeron, que ha llegado a ser profesor de Humanidades y muy recientemente escritor, el entonces director de la unidad de enfermedades infecciosas del hospital Claude-Bernard de París leyó en el 'Morbidity and Mortality Weekly Report' de EE UU —una publicación que pocos en Francia leían— una nota sobre la reaparición de una neumonía rarísima que se creía ya erradicada. Su nombre: neumocistosis. Todos los pacientes diagnosticados en California, cinco según el boletín, eran hombres jóvenes y previamente sanos, cuando aquella neumonía afectaba a personas con el sistema inmunitario muy deprimido. Raro. Muy raro.

El especialista francés, Willy Rozenbaum, pasó pronto a otra cosa. Pero, casualidades o causalidades no tardó en encontrarse en su consulta con un joven en la misma situación. Joven y sano salvo por esa neumocistosis. Y homosexual, que era algo que se citaba en el artículo. Fue el primer caso que diagnosticó. Luego vendrían muchos otros, y no solo en el hospital Claude-Bernard.

La historia de cómo aquellos diagnósticos extraños pasaron a ser algo muy común y a convertirse en una alarma sanitaria y social es la que cuenta Passeron en 'Los hijos dormidos' (Libros del Asteroide). Va más allá, o más acá, hasta el presente: los equipos de investigación primero aislados en distintos puntos, luego conectados desde Estados Unidos a Europa y más adelante enfrentados por unos descubrimientos que podían hacer ganar mucho dinero y mucha fama; los prejuicios y la lucha contra ellos —en los ochenta se insiste en que solo se contagian los homosexuales, los promiscuos, los drogadictos— el aislamiento de los enfermos y sus familias, el logro de medicamentos que conseguirían evitar la conversión de un virus en enfermedad y más tarde, de la enfermedad en muerte. Es la historia del VIH y el sida, de las muchas personas que lo padecieron cuando apenas se sabía nada y de quienes investigaron para saber.

Además de ese relato que ya es parte de la Historia, y en cuyo estilo narrativo se reconoce el de muchos autores franceses



Passeron tuvo que investigar para reconstruir la historia de su tío y su prima. AFP

que han hecho de los hechos reales literatura (como Patrick Deville, Emmanuel Carrère, Éric Vuillard, por ejemplo), Passeron cuenta cómo el sida afectó a su propia familia. No es cosa fácil, y no por los prejuicios y por una ley del silencio que estuvo vigente muchos años, sino porque era tabú en casa. De su tío Désiré, hermano de su padre, no se hablaba. Estaba muerto, punto, no tenía nada que ver con su vida. Para reconstruir la exis-

Su tío Désiré era el hijo favorito de una familia obrera, el que podía llegar lejos

tencia de Désiré y de todo el entorno, el autor ha tenido que investigar casi como si indagara en un caso ajeno.

Désiré fue el hijo bonito de una familia de clase obrera que, en vez de contentarse con el legado familiar (la carnicería), decidió volar un poco. Era «el hijo favorito», y hasta se le apoyó en parte para que lo hiciera; era listo, echado para adelante, podía llegar más lejos. En ese vuelo, en el ejercicio de una libertad que otras generaciones no tuvieron (estamos ya en los años setenta) conoció las drogas. Y con las drogas, las agujas... que se compartían y actuaban de intermediarias en la transmisión.

El título del libro hace referencia a esos chavales que, como al tío de Anthony, encontraban tirados por la calle en pleno día en casi cualquier núcleo de pobla-

ción. Desmayados, agotados, hambrientos, a veces muertos por sobredosis. Es una de esas generaciones perdidas. Al principio se veían los pinchazos, luego aprendieron a esconderlos —entre los dedos de los pies, debajo de la lengua—. Los llevaban a desintoxicación y al cabo de un tiempo volvían a caer en el abismo. Mentían y robaban a sus propios padres. Se casaban y tenían hijos, como hizo Désiré, y un día enfermaban y morían de algo casi desconocido pero que en el proceso los despojaba de casi todo. Passeron recuerda a su prima, heredera de la misma enfermedad, muerta muy niña tras un sufrimiento terrible que hacía a sus primos mantenerse alejados. Y así 'Los hijos dormidos' es también, en cierta medida, asumir una culpa infantil, la del abandono, e intentar repararlo.

## LA MIRADA

### Arte de la memoria

LUIS MANUEL RUIZ

El recuerdo se parece a aquel río del filósofo, o, mejor, al que corre cerca de mi casa y puedo ver al asomarme cargado de porquería, de envoltorios de golosinas y de animales muertos y juncos y sombreros que se fueron volando, y trae y lleva y de repente arroja a la orilla nombres, páginas de libros perdidos, detalles que uno creía clausurados para siempre pero que resulta que sólo aguardaban detrás de la puerta entornada. Así que me acuerdo de los casos de memoria prodigiosa de que hablan los entendidos, y me acuerdo de aquel rey persa que, según Plinio, era capaz de llamar a cada uno de los soldados de su ejército por su nombre de pila, o de aquel otro filósofo italiano al que quemaron en una plaza, Giordano Bruno, que podía recitar de corrido, sin vacilar en un solo hemistiquio, la 'Eneida' y todas sus batallas. También recuerdo que los antiguos dieron en inventar una técnica para retener el pasado que era conocida como Arte de la Memoria, y que consistía en construir castillos en la mente, y palacios y basílicas y edificios plagados de pasillos donde las imágenes y los gestos se guardaban como en el forro de un relicario.

Pero lo que mejor recuerdo es tu forma de mirar levemente oblicua al girarte hacia la ventanilla del metro, y la mueca con la que frunces los labios disgustada (es obvio) con algo en lo que acabas de reparar: un olvido momentáneo, un pico del asiento, el zapato que presiona demasiado el empeine, y cómo a continuación asoman tus dientes por debajo del doble filo de carmín. Recuerdo los dedos afilados y de uñas cortas que rectifican la lana del jersey, los ojos, verdes o fluorescentes, que me dedican un relámpago de atención, a mí, sentado enfrente, antes de que la voz sintética anuncie la próxima parada y te pongas de golpe en pie: recuerdo que tu pantalón tiene un descosido en la zona inmediata a la rodilla y que los zapatos hacen juego (seguramente involuntario) con la horquilla de la sien izquierda. Todo eso recuerdo y lo vuelvo a recordar, aunque nos hayamos visto sólo una vez, aunque aquel viaje en metro nos haya unido y separado para siempre, aunque mi mujer no deje de parlotearme desde la cocina y me vuelva a preguntar que cuándo voy a poner orden en el dichoso trastero, donde apenas queda sitio para las cajas con los juguetes de los niños.